

Cine Popular

Año II
Número 55

REVISTA
SEMANAL
ILUSTRADA

Barcelona
15 Marzo de 1922

¡PRENDED ESTA MUJER!



Está
"Fuera
De La
Ley"

Priscilla
Dean

bella protagonis-
ta de la intere-
sante película

FUERA DE LA LEY

20 cént.

Año II - N.º 55
Barcelona, 15 de
Marzo de 1922



REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Redacción y
Administración:
Calle Barbará, 15



Los japoneses no quieren besos en el Cine

LEMOS leído con verdadera e ingenua admiración que un tal T. Kikuchi, director de uno de los Departamentos de Educación del Japón, acaba de hacer declaraciones trascendentales para la cinematografía en el país amarillo.

«Los japoneses no besamos nunca, y por eso no nos gustan los besos en el cinematógrafo», dice el sabio amarillo.

Ya estamos viendo la cara de asombro de muchas lectoras y lectores aficionados a este inflexible deporte.

Porque, ¿qué sería del cine sin los besos?

Conste que lejos de nuestra imaginación escribir una crónica picaresca. El beso es tema cinematográfico, como los puñetazos, los cow-boys y los pistoletazos; por eso hablar de un «bello beso» es como escribir sobre un «bello salto» de calibre fairbanesco.

Yo confieso que no sabía besar hasta que fuí un aficionado de la pantalla... y estoy seguro que la mayoría de mis lectores y lectoras... se hallan en el mismo caso, salvo aquellos afortunados que nacieron enseñados.

Un beso es un homenaje de sentimiento. Claro que hay besos y besos, y que en esto ocurre como con las naranjas que tienen matices al paladar: desde el almíbar disolvente hasta el limón de más estridencia, pasando por el dulce sin pasión ni devoción y el agrio dulce, mi sabor preferido..

El que los japoneses no quie-

ran besos en el cine y prohiban la proyección en el lienzo maravilloso de estas escenas tan hu-

maría Antonieta y se ruborizan ante una escenita un poco animada—dentro de una moderna y condescendiente moral—de americanismo cinematográfico.

Mi condición de Director de esta revista me ha tentado más de una vez de abrir un concurso sobre el «Beso Cinematográfico» que se titulase por ejemplo: «¿Quién besa mejor en el cine?»

Pero, la verdad, y sea dicho en confidencia, he tenido miedo de los moralistas, que confunden las inocentes picardías de un mundo infantilmente moderno con lo que se ha dado en llamar en el léxico ultra futurista «pornográfico».

Este temor ante un medio ambiente poco idealista, incapaz de concebir la poesía estática (así, como suena), de un buen beso, me ha impedido organizar este concurso.

He corrido un poco de mundo y en una buena parte de él he podido observar un como casto homenaje al beso.

En la cinematografía es como sello, marchamo o posdata de remate. Una buena película sin un buen beso, es como una mujer bella sin sentimiento ni vibraciones.

Pero claro, los japoneses, aunque se europeízan cortándose la coleta, montando grandes fábricas, armándose con formidables destroyers y vistiendo le-vita, son incapaces de cambiar su sangre.

Son amarillos y que nos perdone el profesor Kekuchi, como algunos otros chinos y japoneses sin coleta de la vieja y adorada Iberia.

Aurelio



ALICE BRADY
REALART PICTURES

manas, comenzó por extrañarme y hasta inquietarme, pero he terminado por hallar esto hasta lógico. Es cuestión de color... Confesemos que hay en España, sin ir más lejos, otros «amarillos» que gastan peluca a lo

¿QUÉ PIENSA V. DE LA PANTALLA?

MI OPINION

El motivo de dirigir hoy estas líneas sinceras a los lectores y lectoras de CINE POPULAR, es para dar mi opinión sobre la de los señores X. X. y Alberto Iriarte.

Según leí en el CINE POPULAR del día 21 del pasado Diciembre, el señor X. X. decía que la producción cinematográfica francesa es más realista, y en el número del 28 del pasado, también contestó el señor Alberto Iriarte diciendo que le gustaban más las americanas.

Pues en contestación a los dos señores les debo decir que para drama los americanos (excepto alguno que ya lo nombraré después), no se pueden poner, no sólo al lado de los franceses, sino hasta del de los italianos y alemanes.

Sólo hay unos cuantos americanos que sepan dar una nota de dolor en el drama, que son Harry Carey «Cayena», Monroe Salisbury, William Farnum, Tom Mix y pocos más.

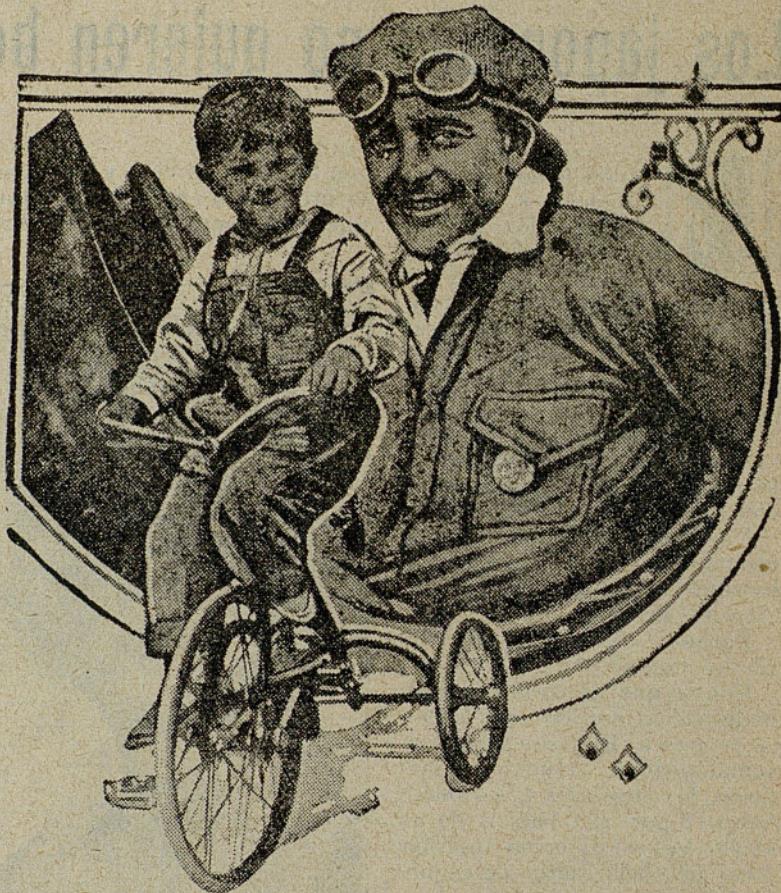
Y a ver si alguno de estos actores sabe emocionar tanto el corazón como Capellani, Novelli, Capozzi, Serena, Marf y Kraus.

Mas ahora veamos las actrices y comparemos el trabajo de las americanas al de las europeas.

Mary Pickford, Mary Mac Larén, Margarita Clark, Dorothy Dalton y otras muchas, para el drama no se pueden poner al

lado de Bertini, Duflos, Menichelli, Negri, Manzini, Carena y otras muchas que no las nombro para no hacerme cansado.

to que los americanos no servían sino para hacer películas de aventuras irrealizables que sólo entusiasman a los chiquillos.



Wallace Reid con su hijo

Así, pues, mis lectores podrán comprender como tenía razón el señor X. X. al decir en su escri-

No deje usted de leer el próximo número de CINE POPULAR, que publicará, entre otras cosas interesantes: ALICE CALHOUN, su vida, su historia, su fisonomía. — Los tres Mosqueteros, o el «match» cinematográfico entre americanos y franceses, por Aurelio. — Informaciones de todo el mundo, críticas, etc.

Para qué gastarse una suma crecida en una revista extranjera, si en CINE POPULAR tiene usted una información inmejorable?

Invitamos a nuestros lectores a que den su opinión sobre películas, artistas y compañías productoras.

BUZON PUBLICO

Un ejemplo: Van ustedes a un teatro que hagan películas así, y encontrarán la mayor parte de espectadores que son chicos que van al público o sea entrada general.

Van a otro teatro que hagan películas francesas, italianas o alemanas, o sea dramas que tienen alguna sombra realista, y verán la parte de butacas llena. ¿Qué importa que a general esté vacío? Más vale pocos espectadores pero buenos.

Hasta los empresarios saldrían ganando. Antonio A.

Se aquí Se allá

INFORMACION ABSOLUTAMENTE INEDITA EN ESPAÑA

«Por la puerta de servicio» y las joyas de Mary Pickford

COMO recordarán nuestros lectores, «Por la puerta de servicio» ha sido el último gran éxito de Mary Pickford. En esta cinta de éxito tan resonante pueden admirarse todas las joyas de Mary Pickford, valoradas en la bonita cifra de 250,000 dólares, lo que es aproximadamente cerca de dos millones de pesetas.

Las joyas de Mary Pickford son lucidas en esta producción por Gertrudis Astor, que hace el papel de la madre de Mary Pickford.

Es un dato interesante para la curiosidad de nuestros lectores.

Para ser artista criminal

COMO saben nuestros lectores, en casi todas las cintas aparece un tipo antipático o perverso; es lo que los ingleses y americanos llaman «villain».

Estos papeles tienen una gran importancia, pues dan vida de contraste a las escenas.

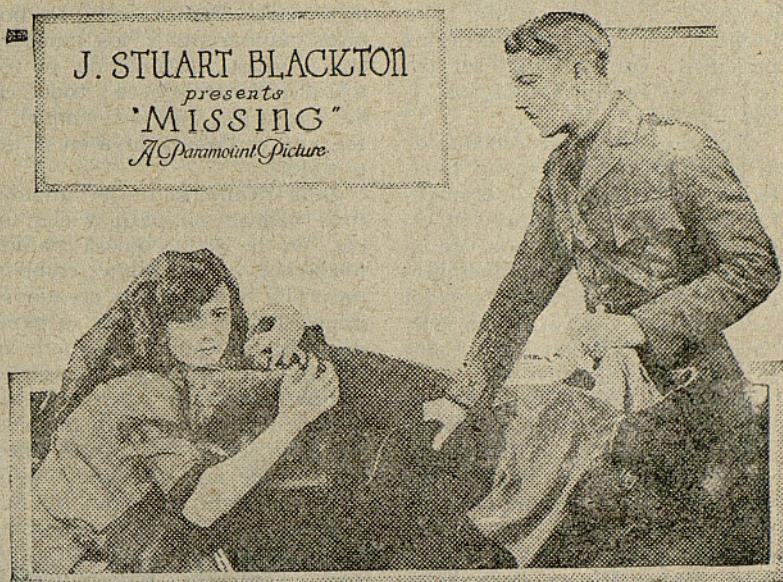
Robert Mc Kim es uno de los valores más positivos de América del Norte en esta clase de



W. Griffith, el «as» de los directores cinematográficos

creaciones de la escena muda. Mc Kim no ha ganado su experiencia en papeles de crimen y perversión por simples estu-

J. STUART BLACKTON
presents
MISSING
A Paramount Picture



«El desaparecido», de la pantalla americana

dios teóricos, sino que, al contrario, visita a menudo las cárceles y se comunica con los más célebres criminales de la república americana.

También lee y estudia cuidadosamente toda clase de libros y publicaciones sobre criminología.

Es decir que Robert Mc Kim tiene que sudar para presentarse al público como un perfecto canalla.

Otra estrella en el cielo

LOS astrónomos de la pantalla acaban de comunicarnos la aparición de una nueva estrella.

Se trata de Lupino Lane, del arte americano, quien acaba de firmar un contrato con la «Fox Co.» para desempeñar el principal papel en una serie de comedias de la citada compañía.

Veremos si luce el nuevo astro, aunque advertimos a nuestros lectores que según nuestras investigaciones el tal Lupino Lane viene de familia acrobática.

Un caballo famoso

P LATONIC es el nombre de un caballo de pura raza que ocupó uno de los puestos más avanzados ganando un importante premio en las últimas carreras de Windsor. Pues bien, ahora va a aparecer en una cinta que va a interpretar Violet Hopson.

Violet Hopson aparece varias veces con el famoso caballo, siendo en esta ocasión un pura raza y no un asno dado de bétún, como hemos visto en ciertas ocasiones.

En «Los tres Mosqueteros», Douglas...

PARECE ser que «Los tres Mosqueteros» (americanos) corre Douglas Fairbanks los mayores riesgos y peligros de su vida cinematográfica.

Particularmente al saltar una ventana, en una escena de huída, el peligro es tan visiblemente inminente que el público se halla con el alma en un hilo.

CUATRO PALABRAS

¡CUANDO SE AMA...!

Concisamente, amado lector, voy a mal describirte, en cuatro palabras, y en la revista CINE POPULAR, el valor de una de las películas, que debieran ser del repertorio incansable de los cines públicos.

No creas que es un reclamo de la casa, ni que yo sea un fanático de la pantalla. Es meramente, únicamente, la expresión espontánea, al ver por una vez en mi vida, convertido el cinematógrafo en verdadero propagador del progreso y de la buena educación que en sí lleva por todos los ámbitos del universo.

He aquí que Pierre Decourcelle, el gran novelista, célebre escritor francés, apartándose de viejos y rutinarios asuntos nevelescos, ha creado una obra puramente dramática, la cual, secundada por el director de escena, Henry Houry, la ha llevado a la escena muda, constituyendo un triunfo; el primero en el arte del «film».

La casa editora «Gaumont», de París, ha querido, como así ha sucedido, que la presentación de esta cinema-novela sublime, fuera un transcendental acontecimiento cinematográfico; el decorado lujoso, el vestuario cos-

tosísimo, las *toilettes* de la protagonista, señorita Julia Bruns, de la casa «Pául Poiret», los bonitos panoramas y los paisajes más divinos, además de su fotografía sorprendente; todo, en fin, hace que *Cuando se ama...* sea una verdadera joya en el arte mudo.

Julia Bruns, la mujer amada, toda belleza, simpatía y elegancia, en la protagonista Sabina Mubertin, está sublime, como si para ella hubiese sido creado su papel. Pablo Guidé, en su papel de Máximo Quevilly, está insuperable; es un mago del «film». Arnold Daly, el célebre Justin Clarel de *Los misterios de Nueva York*, en el de Miguel Epervans, hace una creación magistral; encarna su papel de una manera, como él sabe, soberbia; es un actor de mérito; sus gestos, su mimica, todo unido, le dan que sea el favorito del público.

El argumento, basado en un asunto dramático, con sus aventuras amorosas, lleno de realidad, de vida, de amor, de emoción, está bien ideado, sin intervenir en nada *asesinos*, *caballos* y *bandoleros*, apartándose del argumento policíaco, de los apa-

ches y de los *trucos* tontos y de mal gusto.

Este ha sido el ejemplo que ha demostrado el genio francés, Pierre Decourcelle, para atraer al público al cinematógrafo, sin necesidad de crímenes y de luchas bárbaras; únicamente en las luchas del amor.

FABIÁN BLANCO FERNÁNDEZ
Alcázar San Juan, Enero 1922

LOS YANQUIS HACEN PELÍCULAS EN ESPAÑA

Los cinematografistas extranjeros se han convencido ya de que el país ideal para hacer películas, por el terreno, el clima, y sobre todo por la nitidez de su atmósfera, es España.

En Algeciras ha desembarcado ya una compañía norteamericana, que viene a impresionar varias películas.

Forman parte de ella las actrices June Caprice, Margarita Courtot, el actor de carácter Harry Semels y otros varios de primera fila.

Dirige la expedición cinematográfica el conocido director George B. Seltz. La primera cinta que impresionarán lleva por título *La señorita de oro*. Parece que la trama es un levantamiento durante la guerra carlista.



«Los tres mosqueteros» en «El baluarte de San Gervasio»

BEBÉ DANIELS EN LA INTIMIDAD

En los alrededores de Hollywood (California) existe una gran variedad de edificios y palacios que sirven de hogar a las estrellas del cine.

En las faldas de las pintorescas colinas de Beverly y otros bellísimos suburbios, abundan los regios edificios en donde moran los intérpretes del film. Algunos de estos edificios ocupan grandes extensiones de terreno, están provistos de piscinas, jardines, establos, garajes, etc. Esos edificios son, por regla general, los hogares de los magnates de la industria, de las estrellas famosas y de los directores de más renombre.

Sin embargo, una gran mayoría de actores y actrices no viven en Hollywood. Tienen sus

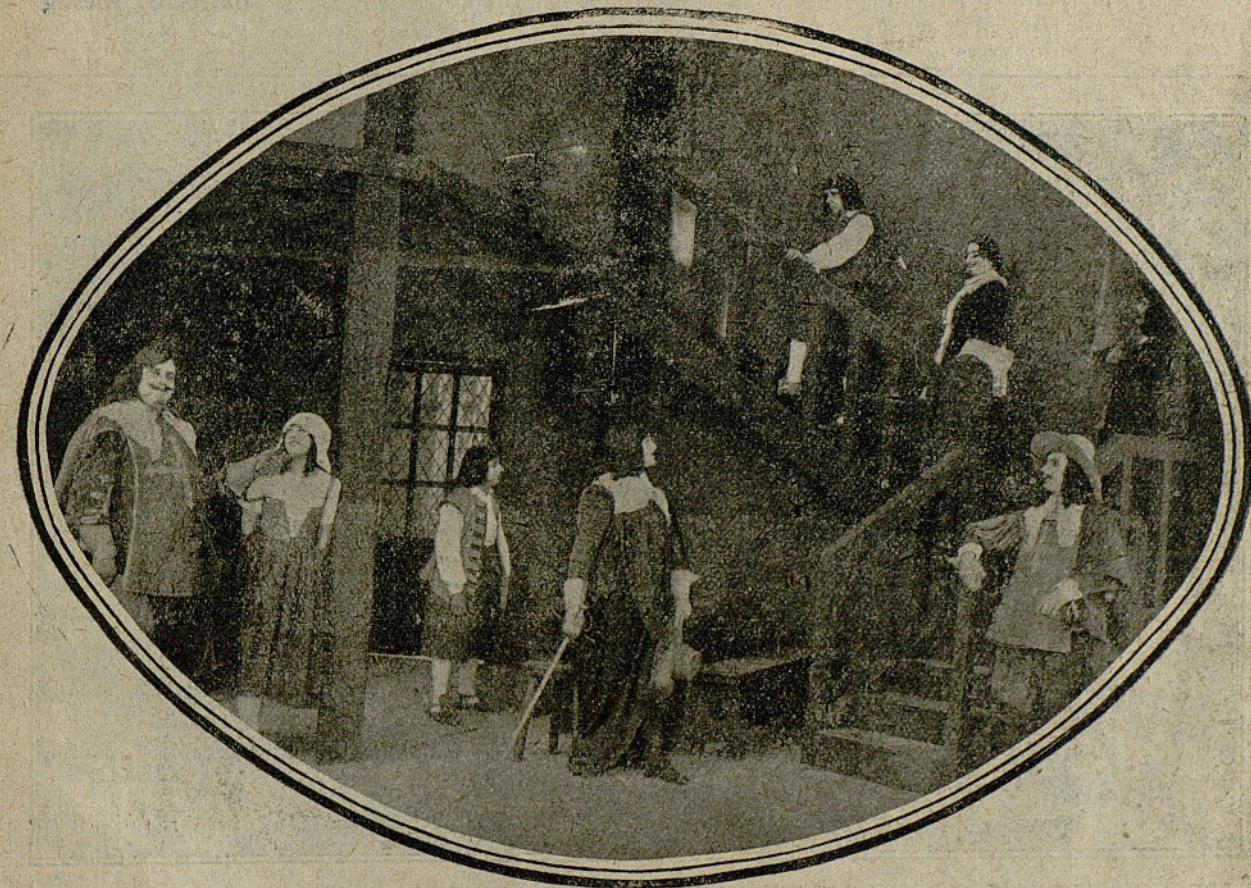
hogares en elegantes casitas o en confortables apartamentos, esperando el día que las circunstancias les permitirán ir a engrosar las filas de los afortunados que poseen jardines con terrazas, amplios garajes y media docena de sirvientes.

En cambio, hay un «estrella», cuya familia hace tantísimos años que reside en California, que las raíces de su tronco genealógico arrancan de los pioneros días de la dominación española. En el hogar de esa estrella, a pesar de estar situado en la moderna ciudad de los Angeles, se respira aún la atmósfera de la vieja «hacienda», tan magistralmente descrita por la eminente escritora Helen Hunt Jackson, en su «Ramona».

La estrella a que nos referimos, es Bebé Daniels. Esta actriz vive en un enorme caserón de oscuras paredes, rodeada de vecinos cuyos apellidos ocupan un lugar prominente en la historia de la California de los conquistadores.

Tenemos motivos sobrados para asegurar que la vida de la vivaz estrella de la «Realart», no es la de ningún asceta o ermita. En la amplia y espaciosa «finca» de la familia Daniels, moran una adorable abuelita, una encantadora mamá, y la puerta está siempre abierta para los parientes más cercanos que viven encaramados en las ramas del frondoso árbol genealógico.

La abuela de Bebé Daniels es doña Eva de la Plaza Griffin, descendiente de un antiguo gobernador de Colombia en tiempo de la Conquista, emparentado con una ilustre familia que frecuentaba la corte de la empe-



Una interesante perspectiva de «Los Tres Mosqueteros» en su capítulo titulado «La posada del palomar rojo»

ratriz Josefina. Doña Eva de la Plaza se casó con un americano llamado Griffin, a la sazón cónsul de los Estados Unidos en Buenos Aires. Este Griffin era pariente cercano de la familia De Forrest, de Connecticut, célebre en la historia de la independencia de los Estados Unidos, por haber alojado en su casa al general francés Lafayette durante su permanencia en los Estados Unidos, a cuyo país ofreció su espada. Los De Forrest, célebres en los anales de la famosa Universidad de Yale, son aún hoy, una de las familias más representativas de los fundadores de la Nueva Inglaterra.

El edificio está rodeado de árboles típicos de la región californiana. Una atrevida enredadera extiende sus verdes brazos por los soportes de una galería deliciosamente sombreada. Un arbolado de pequeños pímenteros separa el edificio del imprescindible «garage» moderno. Un par de loros de pintado plumaje,

traídos de cierto país tropical por la abuela de Bebé; «Boy», un hermosísimo perro de pastor, grande y holgazán como no hay otro, y un lindísimo gato de Angora, negro como el azabache, a quien Bebé llama «Zigaboo», son los representantes de la fauna en el hogar de Bebé Daniels.

La mamá de Bebé es quien invariablemente recibe al visitante, vestida modestamente con el clásico delantal de cocina, que tan admirablemente cae a las buenas amas de casa.

—Bebé estará con ustedes dentro de un momento—nos dice la buena señora, después de pedirnos mil excusas por salir a recibirnos procedente de la cocina.

Efectivamente, al cabo de unos minutos, Bebé aparece bajando la escalera del brazo de su abuelita, una anciana diminuta que apenas llega al hombro de la actriz.

—¿No conocen ustedes todavía a mi bebé? No, ¿verdad?

Pues voy a presentárselo—dice sonriendo la estrella de la «Realart», presentándonos a la anciana.

—La llamo bebé—prosigue la actriz—porque le gustan las muñecas que es una barbaridad.

La colección de muñecas de la señora Griffin no tiene igual en el mundo. Las hay siamesas, chinas, japonesas, francesas, rubias, morenas, delgadas, gorditas...

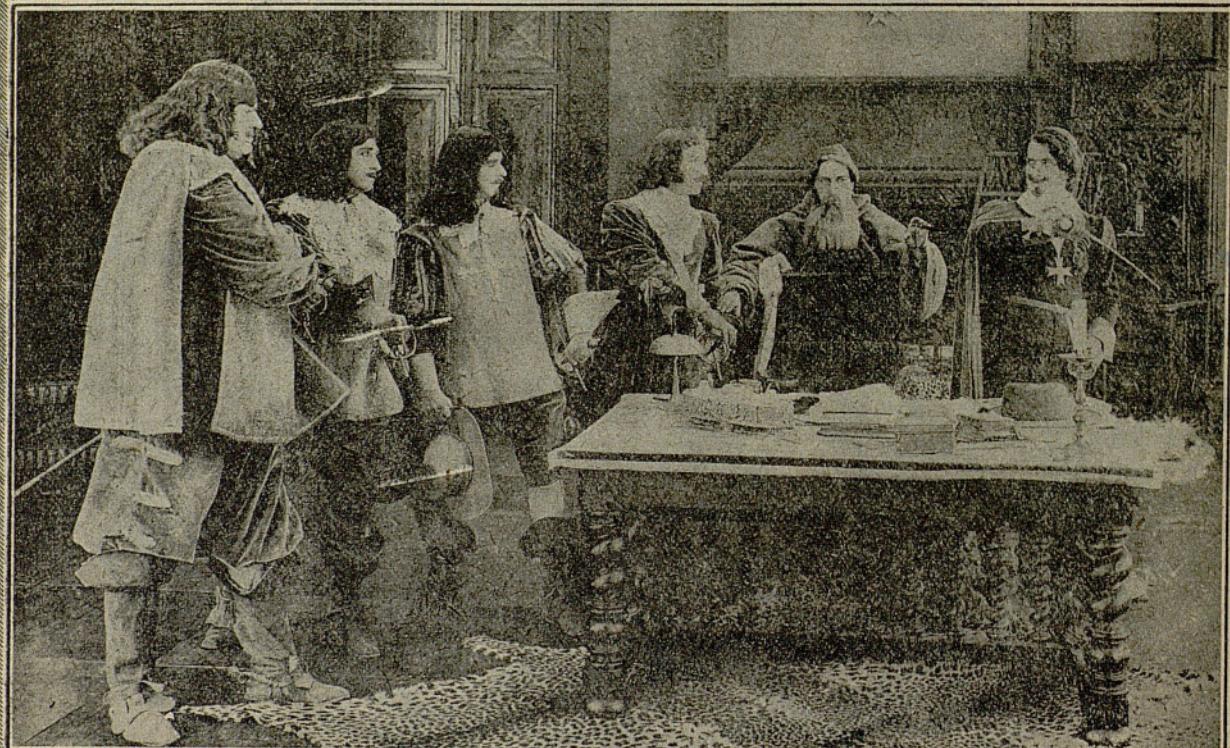
La voz de la mamá de Bebé interrumpe nuestra conversación, para invitarnos a tomar una tacita de té al fresco de la enredadera.

Mientras tomamos el té hablamos de arte, de teatros, de deportes, de libros...

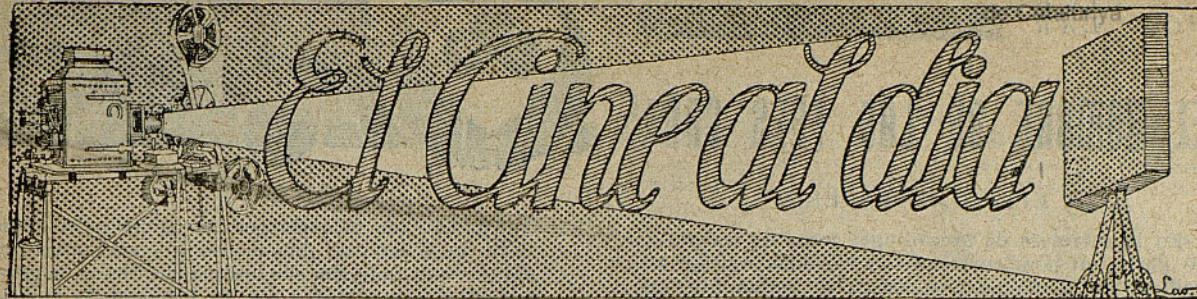
El hogar de Bebé Daniels podría ser el de un acaudalado burgués, de un banquero, de un comerciante próspero...

De cualquiera, menos de una intérprete del «film».

Barret C. Kieslig



Athos, Porthos, Aramis y Artagnan frente al célebre Richelieu. «Los tres mosqueteros», capítulo «La ejecución»



EL CAZADOR DE DOTES

Es una comedia graciosísima. Se trata de los complicados amores de un sentimental en una aldea americana.

La cinta pertenece al género

abundan de un modo prodigioso y las grandes dotes escénicas del célebre actor francés se ven en esta cinta en todo su esplendor.

El valor cómico de esta cinta sólo es comparable a las producciones de Fairbanks.



Una escena de la película titulada «El hombre de las tres caras»

que pudiéramos llamar de «vaudeville» cinematográfico, con escenas de risa muy bien buscadas.

El público se divierte, que es lo que se pretende en la película, pudiendo juzgarse como una excelente producción dentro del género de comedia.

SIETE AÑOS DE MALA SUERTE, por Max Linder

D e magnífica podemos juzgar esta gran jornada del actor francés.

Parece como si al trasplantar su mimética de elegante factura francesa al dinámico campo de acción americano, hubiera ganado Max Linder el cien por ciento.

Efectivamente, *Siete años de mala suerte* es una preciosidad dentro del género de la comedia cómica. Las escenas graciosas

Nos congratulamos de poder hablar con elogio decidido de uno de los más sólidos valores de la cinematografía francesa. De este ejemplo podrán sacar algunas interesantes consecuencias las casas productoras de Francia.

LA CONDESA MENDIGA, por Mia May

E l argumento es mediano y los actores no nos acaban de agradar, excepción hecha de Mia May que sabe conservar su puesto.

La acción se desarrolla con demasiada lentitud, como si se pretendiera alargar el metraje.

El argumento representa los amores de un noble y una campesina, que resulta descendiente de una familia ilustre.

Después de los naturales obs-

táculos, termina la acción con el consiguiente himeneo.

Con la franqueza que nos caracteriza y al igual que hemos dedicado grandes y merecidos elogios a otras muchas cintas de firma alemana, decimos que esta última producción desmerece bastante de las vistas hasta la fecha, interpretadas por la gran Mia May.

Esperamos se resarcirá pronto esta célebre artista, ofreciéndonos una de sus creaciones verdaderamente geniales.

LA CALLE DE LOS SUEÑOS

Gran éxito obtuvo esta hermosa y extraordinaria cinta al ser pasada de prueba el pasado jueves en el Salón Cataluña.

El eminentísimo director David W. Griffith ha sabido desarrollar en esta interesante producción una tragedia llena de emoción que constituye un éxito más para sus intérpretes «Los Artistas Asociados».

Prueba del éxito es que la película halló estreno seguidamente, proyectándose en el cine Cataluña desde el pasado lunes.

PELICULAS de la SEMANA

Juventud dorada, por Edith Roberts.—*El cazador de dotes*, Vitagraph.—*El desaparecido*, por Tomás Meigan.—*Los tres Mosqueteros*. Octavo capítulo. «La posada del Palomar Rojo».—*De ahora en adelante*, por George Walsh.—*Juventud Dorada*.—*Cómo castiga el amor*, por Catalina Mac Donald.—*La experta en amor*, por Norma Talmadge.

Estrenos. — Se anuncia para la próxima semana *La calle de los sueños*.

EL HOMBRE DE LAS TRES CABAS

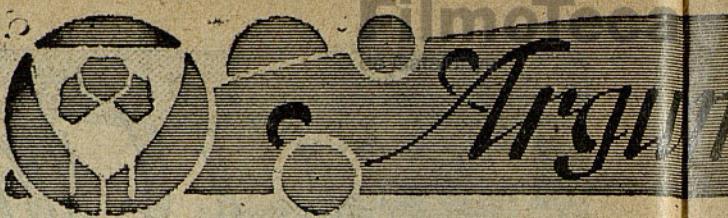
EPISODIO PRIMERO

En la carretera de Montrouge, cerca de las puertas de París, un hombre joven todavía daba muestras de hallarse en la mayor desesperación... había fracasado en todos los negocios en los cuales fió su prosperidad y dándose por vencido en la lucha que había sostenido tan rudamente contra el destino intentaba poner fin a su vida para acabar de una vez con los sufrimientos que la penuria de sus medios le imponían.

Afortunadamente, Pascaline, una humilde obrera que le conocía de comer en el mismo restaurante arrebatado de sus manos el revólver con el que intentaba quitarse la vida y le reprende el que haya tomado tan extrema resolución.

Pascaline le ruega que le cuente sus desdichas a las que, quizás, ella pueda poner remedio, ya que atesora en su alma el precioso bálsamo de la abnegación. Juan Marsac, que así se llama el desventurado joven, acude a contarle su triste historia, es hijo de unos honrados obreros del Faubourg Saint Antonie; su padre quería que fuese un sencillo obrero como él, pero habiendo demostrado desde su infancia gran afición a la mecánica, a los doce años, tras un brillante examen, obtuvo una plaza para entrar en el Liceo de Luis el Grande y era de ver la alegría de sus padres cuando regresaba de los exámenes habiendo obtenido el primer premio de la clase. Despues de haber terminado los estudios con buena clasificación entró como reparador en un Museo de Historia Natural... y llevado por su ambición sin límites soñaba con llegar a ser un sabio que inventara algo que hiciese volar su nombre en alas de la fama. Trabajó sin descanso buscando un combustible que pudiera sustituir con notable economía y ventaja al carbón y al petróleo; pero necesitando dinero tuvo que dirigirse en busca de protección y apoyo a varios capitalistas.

Rechazado por gente que no tenía suficiente cultura técnica para poder apreciar las ventajas de su invento tuvo que obtener al apremio de 20.000 francos que ofrecía la Banca de los Inventos Modernos pero sin nadie que le ayudara fracasó en tres intentos sucesivos... Entonces desconfió de sí mismo y antes de considerarse vencido, prefirió morir. Pascaline que comprende la angustiosa situación por que atraviesa el desgraciado joven con sus palabras de consuelo le reanima diciéndole que todos los que triunfan deben



sufrir parecido calvario porque siempre el camino del éxito está lleno de dificultades y para convencerle le refiere que también ella estaba destinada a gozar de todas las comodidades que su privilegiada posición le permitía pero que su padre, al que arruinó un envidioso competidor, vióse sumido de pronto en la miseria y falleció de un ataque de apoplejía... Meses después su madre, no pudiendo resistir el doble dolor de la viudedad y de la miseria, le seguía al sepulcro. Huérfana y sin medios de fortuna tuvo que ganarse la vida y recordando su afición a la pintura se dedicó a pintar abanicos cuya ocupación le producía escasamente 300 francos mensuales... Es poco, pero al regresar a su casa Pascaline experimenta la sensación del deber cumplido por lo que incita a Julián Marsach a que, siguiendo su ejemplo tenga confianza en el porvenir y se apreste con nuevas energías a luchar hasta conseguir su triunfo definitivo.

Sintiéndose tan semejantes en su miseria los dos jóvenes proméntense eterna amistad y mutua ayuda tomando juntos el camino que les conduce a París.

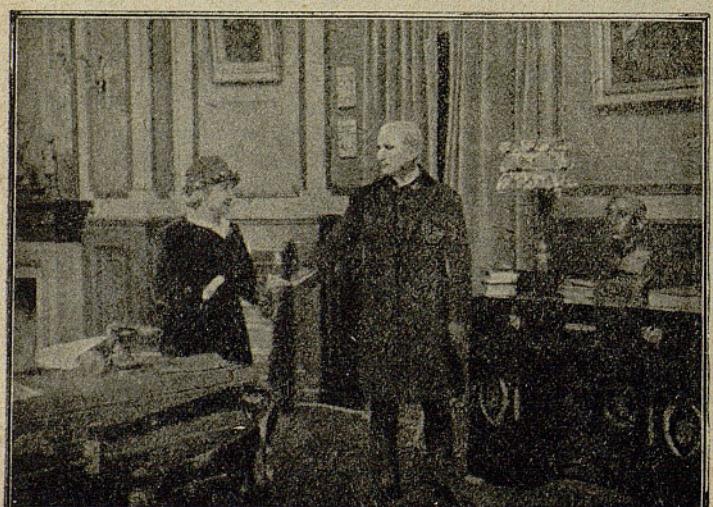
Tres meses después en el Instituto de Francia una inmensa multitud esperaba impaciente el fallo del Jurado que debía conceder el premio Barodín de 20.000 francos. A pesar de su desaliento Julián Marsach se había decidido a tomar parte en el concurso alentado por su buena amiga Pascaline y por fin se hace justicia—su talento otorgándole el premio y haciéndole entrega de la cantidad con que se le estimula y facilita el modo de desarrollar su invento. Además el señor Barodín particularmente le ofrece la cantidad que le hace falta para proseguir sus trabajos de investigación—Pascaline y Julián Marsach sueñan con la riqueza y la gloria y deciden juntar sus existencias para saborear juntos el triunfo que no tardará en coronar sus desvelos...

Han transcurrido dos años. Del matrimonio de Marsach y Pascaline ha nacido una preciosa niña a la que han impuesto el nombre de Muguet y que con sus risas y sus juegos es el encanto y la alegría de sus padres. Con el dinero cobrado en concepto de premio Marsach ha constituido en su casa un pequeño laboratorio donde continúa con tenacidad sus investigaciones sin que haya podido dar todavía con la fórmula definitiva que corone sus trabajos, por lo que se acuerda de que Barodín director del Banco de los Inventos Modernos le había ofrecido su colaboración más entusiasta si como en el caso presente lo necesitara. En el despacho del Banquero Barodín, Julián Marsach conoce a Valére Morant sobrino del banquero que es un malvado que solo acecha una ocasión propicia para desvalijar a alguno de los infelices que acuden en busca del capital necesario para desarrollar sus iniciativas... Aconsejado por su sobrino, Barodín facilita los 50.000 francos que le son necesarios a Marsach para terminar sus experimentos y le hace firmar un documento por el cual le obligan a pagar 50.000 francos contra un documento que vence a los tres meses.

Por el gran beneficio que Barodín y su sobrino Morant piensan obtener del invento de Marsach han accedido a concederle el préstamo que necesitaba confiando en que al vencer el plazo no podría satisfacerlo y se quedarían con la explotación de tan útil invento.

Julián Marsach satisfecho de su tentativa regresa a su casa encantado de que el porvenir le sonría de modo tan halagador.

Reanuda con entusiasmo sus tareas trabajando con



Hombres

ardor en ultimar pequeños detalles de sus trabajos pero como no había logrado tocar los beneficios de su trabajo se acerca el temido vencimiento y no puede atender la letra. Cuando faltan solo dos días para el pago de la letra, se persona en las oficinas del Banco para solicitar una prórroga y casualmente mientras él está esperando en la antesala, Barodín y su sobrino Morant sostienen una acalorada disputa debido a que Morant se ha dedicado a especulaciones financieras sin el consentimiento de su tío, cansado de los despilfarros que Morant realiza en detrimento de la fortuna de su tío. Julián Marsach es recibido en el despacho de Barodín que se niega a concederle nuevo plazo y le recomienda que para evitar tener que proceder judicialmente contra él presente cuanto antes su invento aceptando antes el que sea revisado por un ingeniero de la casa a fin de que su dictamen facilite la concesión de un nuevo plazo. Presentase el ingeniero en casa de Marsach y se entera de los más minuciosos detalles referentes a su invención de los que, so pretexto del informe, toma detenidamente nota y por toda respuesta le dicen que dentro de 48 horas le harán saber su opinión.

Al día siguiente, cuando Marsach se dirige a saber la respuesta de Barodín, recibe un telegrama en el que le anuncian que, habiendo sido desfavorable el informe del ingeniero, interesan su presencia en París para tener una entrevista. Durante la entrevista le proponen que no habiendo resultado el invento como ellos esperaban, vense obligados, para reintegrarse del préstamo que le han anticipado, a ofrecerle una colocación en Indo-China, al frente de una explotación minera, de cuyo sueldo, de 3,000 francos, deberá dejar la mitad para amortizar la deuda. La infame idea de Barodín no es otra que, habiéndose dado cuenta de lo provechoso que es el invento de Marsach, quieren librarse de él para poder beneficiarse con su invento, y el mejor sistema les parece el de mandarle hacia Indo-China, donde el insalubre clima se encargará de matarlo, pudiendo dedicarse entonces al invento que tantos sufrimientos ha causado a Marsach.

Al comunicar Julián Marsach a su esposa Pascaline la noticia de su fracaso cerca de Barodín y la obligada marcha hacia Indo-China, ésta se opone diciéndole que juntos triunfarán o sucumbirán juntos en la lucha por la vida, pero que bajo ningún concepto accede a su separación, pues ni ella ni Muguette podrán soportar un clima tan insano, y no quieren dejarle partir solo. Accediendo a los ruegos de su esposa, Marsach se queda, desafiando cuantos riesgos puedan correr en París, acosados por el infame Barodín.

En la Banca de los Inventos Modernos, Barodín y Valere Morant han redactado un contrato que esperan hacer firmar a Marsach para obligarle a que renuncie su invento a favor de ellos. Las relaciones entre Barodín y Morant no son nunca cordiales, a causa de que éste ha vuelto a jugar a la Bolsa sin la debida autorización de su tío, por lo que la discusión que sobre esto se origina se agria en tales términos, que Barodín expulsa a su sobrino de casa, replicándole éste que sabe demasiados secretos que le comprometen para que pueda prescindir de él tan fácilmente como se figura. De las palabras ofensivas pasan a los hechos, y Morant aprieta entre sus nerviosas manos el cuello de su tío Barodín, hasta dejarlo sin vida.

Fergus, criado del Banco Barodín, penetra en el despacho y se da cuenta de que Morant acaba de asesinar a su tío, y quiere sacar partido de la situación vendiendo caro su silencio. Morant, que lo ha com-

prendido, le ofrece una importante cantidad, y éste, para despistar a la policía, concibe un plan diabólico. Dice a Morant que confíe en él y que le deje obrar obedeciendo sus mandatos, para no comprometer el éxito de su plan y poder despistar a la policía...

Sabiendo Fergus que a la hora convenida con Barodín debe presentarse Julián Marsach en su despacho, deja el cadáver en posición que aparezca sentado en su sillón en frente de su mesa de trabajo, y cuando aparece Marsach para decirle que no puede aceptar el empleo que le ofrecen en Indo-China, le franquea la entrada al despacho, y Marsach, al ver que no obtiene respuesta de Barodín, se acerca, y, al tocarle ligeramente, en el hombro, el cadáver cae a sus pies... En aquel momento entra Fergus y le da a traición un formidable golpe en la nuca que le deja sin sentido junto al cuerpo inanimado de Barodín...

Fergus, sonriente, dirigiéndose a Morant, que presencia la escena, le dice: «Todo ha salido según nuestros cálculos... Vamos ahora a avisar a la policía...»

Cuando aparece ésta, Marsach vuelve en sí del golpe recibido y no acierta a explicar su presencia en aquel despacho, y para acabar de hacer patente su culpabilidad, Fergus y Morant declaran que le han visto como asesinaba a Barodín... y que el móvil del crimen ha sido el querer arrebatarle Marsach la letra vencida que no se hallaba en condiciones de satisfacer... y cuyo pago le exigía Barodín...

En vano protesta Marsach de la acusación que tan infundadamente le dirigen... Las declaraciones de Fergus y de Morant son tan abrumadoras, que la policía le detiene como presunto autor del asesinato de Barodín. La noticia, como reguero de pólvora, circula por toda la población, y al salir a la calle conducido por los guardias, la gente le llena de insultos llamándole «asesino!».

En la prisión preventiva a que ha sido condenado Julián Marsach, sólo un pensamiento le atormenta, el creer que su querida Pascaline y su hija Muguette puedan creerlo capaz de semejante crimen... Y, loco de dolor, exclama en su infamante calabozo:

—¡Dios mío, si ella también me creyera culpable... enloquecería de dolor!... ¿Podré probar mi inocencia y podré castigar a los que han tramado tan cobarde intriga?...

FIN DEL PRIMER EPISODIO



ILLUSIONES de JUVENTUD

Fortuna Donelly, la feliz protagonista de esta interesante comedia, que se desarrolla en Nueva York, es una adorable rubia soñadora. A matizar de romanticismo su alma juvenil, a exaltar su imaginación, de innata viveza, contribuyó de un modo decisivo la afición desmedida de Fortuna a la lectura de las novelas sentimentales, afición heredada de su madre muerta.

Fortuna, además, se encontraba en esa dichosa edad en que en todos los países y en todas las épocas, sólo entiende el alma el lenguaje de ensueño con que habla el amor, sólo oye el corazón canciones de imaginarios trovadores, y la fantasía se finge bellos cuadros, muy diferentes de las visiones ingratás de la realidad.

Nuestra protagonista encuéntrase abstraída en la lectura de una de sus novelas predilectas en cierta escena en la que la heroína, bella también y dependiente, como ella, de un modesto trabajo, inspira pasionales vehemencias a un galán noble y rico, un conde que la hace su esposa. El libro, cuyas páginas de tal modo acucian el interés de Fortuna, se denomina «La novela de una acomodadora».

Un instante se debilita la credulidad de Fortuna, que sólo en las novelas románticas halla estos casos de amor fulminante. Pero reacciona prontamente para no abandonar su ilusión. ¿Por qué, se pregunta, no han de existir hombres generosos que eleven hasta su preminente alcurnia social a las humildes obreras? Y Fortuna imaginó que ella encontraría también un Conde que nimbara su belleza y sus bondades con los fulgores de un título nobiliario.

La casualidad pone en manos de Fortuna un periódico anunciando que en el Teatro Majestic hacen falta acomodadoras rubias. En ello pretende ver una coincidencia, y se dirige al teatro, donde un enjambre de pretendientes rubias aguarda turno de colocación. Los cabellos de oro constituyen el ideal del empresario Eduardo Sintier, que sueña en casarse con una mujer rubia que le dé muchos bebés blondos, vivo retrato de la progenitora.

Desde el primer momento hace impresión en Eduardo la gentileza de Fortuna, y sus simpatías hacia ella toman expresión en el rigor con que reprime las au-

los propósitos de hacerla su esposa. No es que a la muchacha le pareciera mal que un hombre de la alcurnia del director, hubiese tenido el acierto de fijarse en ella, pero no acababa de satisfacerle, sin embargo, porque un pretendiente así, no colmaba sus soñadas ambiciones.



Eduardo habrá abordado el problema del casamiento, y como Fortuna estuviese indecisa, la invitó a ir a comer al terminar el espectáculo por si, en la plática familiar y serena de la mesa, lograba decidirla; pero a pesar de su promesa, Fortuna dejó que el director comiera solo, sin el departir lleno de encantos que con la muchacha esperaba.

No era la jaqueca que súbitamente se había apoderado de ella (pretexto fútil e inocente que Eduardo no quiso creer) lo que le hizo traicionar su palabra: es que durante la representación de aquel día en el Majestic, habiérase presentado de improviso el joven conde Luis Owen Pauncefote, aristócrata inglés, y al azar, movido por su frívola costumbre de hombre de mundo, dirigió a la gentil acomodadora unas amables galanterías, que cayeron como rocío bienhechor sobre la flor de sus locas esperanzas.

De nada sirvió que Eduardo le expusiera con la convicción de su experiencia, que los aristócratas no quieren a las muchachas humildes sino para su diversión, ni que algunas de sus compañeras la motejasen de soñadora, romántica y vanidosa, ni que el administrador la mortificase con ironías de mal gusto. Fortuna, relacionando su colocación de acomodadora v su encuentro con el conde, creía que era el augurio feliz de que sus sueños, como en la novela, iban a realizarse; y aquella noche, al retirarse a su modesta vivienda con la mente poblada de deleitosas quimeras, escribió de su puño y letra sobre aquel capítulo interesante del libro, lo siguiente: «*La novela de Fortuna*» «*El director la colocó de acomodadora*».

El Conde aburriérase en un palacio sumptuoso que había adquirido en Nueva York. Para matar su tedio volvió otra tarde al Majestic y reanudó con Fortuna las conversaciones que superficialmente iniciara el día de su conocimiento. De aquella charla más íntima salió fortalecida la amistad de ambos, hasta tal punto, de que quedaron citados al terminar el espectáculo para que el conde enseñara a Fortuna los tesoros que encerraba su sumptuosa vivienda, y comieran juntos.

(Continuará,



dacias de Juan Mace, el administrador del Majestic, que irrespetuoso, trata de hacer víctima a Fortuna de bárbaras incontinencias agresivas.

A medida que Fortuna va descubriendo, en el diario laborar, sus excelentes cualidades morales, Eduardo siente cómo se delinean, cada día más vigorosos,

—Mamá, tú la insultas ahora.

—Déjame acabar—prosiguió Berta imperturbable.—Ahora, después de su desgracia, no debía tener remordimientos; era una víctima.

—¡Oh, mamá, mamá!—exclamó Atilio suplicante, sintiendo su corazón desgarrado.

Berta permanecía tranquila, pero en actitud casi burlona.

—Eres un chiquillo; no conoces todavía el mundo... ¿Y si Virgencita fuese una mujer astuta, aun obligada hacia ti por su atentado? ¿Por qué fingir el suicidio? ¿Dónde estuvo refugiada desde aquella noche hasta el día en que la encontró la señora Casati? Carecía de todo, pues dejó baúl y toda su ropa en la hostería. ¿Cómo ha vivido durante ese tiempo?

El semblante de Atilio estaba congestionado por el efecto de lo que estaba oyendo y comenzaba a creer fuese cierto. Las sospechas más atroces atormentaban su mente; pero, casi horrorizado, exclamó:

—No, no es verdad; es imposible...

La marquesa se encogió de hombros.

—Los enamorados no escuchan lo que les conviene—dijo.—Bien, pues; busca, indaga, para saber dónde ha vivido Virgencita desde el día que dejó correr la noticia de su suicidio y verás como tu madre no se engaña. Créelo: bajo la generosidad de esa muchacha se oculta algo que no está claro... y quizás lloraremos que no haya muerto...

Berta quedó pensativa.

En su alma había surgido de pronto un terror inexplicable, un extraño presentimiento.

Atilio, inmóvil, mudo, pensaba en Virgencita, olvidando la presencia de su madre y asaltado por terribles celos.

XIII

Grilletta salió de la villa «Rosita» medio loca.

—¿Virgencita vivía, y precisamente con Juan el herrero? —No era un sueño?

—Era Virgencita, transformada en una joven audaz, quien la había desafiado con la mirada y con las palabras; era Juan, el que se había burlado de ella contándole aquella fábula de la sobrina y quien le arrancó todos los detalles que él conocía sobre la joven a quien buscaban?

La cortesana estaba aturdida; no cabían en su cabeza aquella multitud de ideas que ella misma se forjaba para dar viso de verosímil a lo que le ocurría.

Aquella mendiga a quien ella había dado de comer para que no muriera de hambre, y hecho objeto de tantas pruebas de cariño, se rebelaba ahora contra ella quitándole los amantes y los amigos.

Y Juan, aquel hombre grosero, trivial, que un día se arrastraba a sus pies pidiéndole amor, que era su esclavo, ahora no sólo la despreciaba, sino que hasta se atrevía a insultarla.

Había sido víctima de los dos. Virgencita fingió el suicidio para que

—Yo opino que Nilda se ha equivocado al pensar en su verdadera vocación—exclamó la marquesa Berta, aprovechando la ocasión que se le ofrecía para preparar una salida honrosa del lance, pues comprendió en su última entrevista con la tía de Silvano que ésta no consentiría en la boda, y ya buscaba un medio para humillar a la religiosa—porque la última vez que la vi se mostró muy fría conmigo y no me habló de otra cosa que de lo feliz que iba a ser una compañera suya que se consagraba a Dios.

—Verdaderamente—añadió Elsa—desde cuando estábamos en el colegio, recuerdo que Nilda quería tomar el velo de monja y lloraba al pensar que tenía que volver al mundo. Yo, por el contrario, no hago cuenta de retirarme a un claustro y puedo decirte, abuelito, que ahora me disgustaría el renunciar a mi boda con el duquesito Carli. Lo he pensado bien y veo que mamá tiene razón: seré duquesa y tendré un excelente marido.

Sus labios temblaron convulsivamente al proferir aquellas frases, pero el anciano marqués no lo notó.

—Si tú estás contenta, querida nieta—exclamó,—también lo estará Virgencita, porque ella sólo desea tu felicidad.

—Podré hablarle, escribirle?

El marqués movió su blanca cabeza en señal de negación.

—No, lo repito una vez más: quiere en absoluto permanecer aislada de nosotros.

—¿Te ha dado al menos su dirección? —preguntó el marqués Carlos.

—Tampoco.

—¿Y no te has informado con qué medios de vida cuenta?

—La señora Casati ha dicho que es suficiente rica para vivir bien las dos y parecía satisfecha de la resolución de la nieta, que no cedería por todo el oro del mundo.

—Nosotros se la cedemos gustosamente—exclamó Berta, en tono que en vano se esforzaba en aparentar indiferencia, pues se trasluce que la alegría más intensa la inundaba.—En fin, todo ha terminado bien, gracias sean dadas a Dios. La señora Casati y su nieta se han portado bien, pero en el fondo también tenían ellas interés en que no se promoviera un escándalo.

—No eres tú quien nos hubiera evitado de la ruina—exclamó el anciano irritado por la observación de Berta.

—Es cierto—respondió la nura,—pero, aun perdiendo el patrimonio, el honor de nuestra casa estaba en salvo, y tú, que me conoces ya sabes que estimo más el nombre que las riquezas.

Atilio y Elsa no formaron parte de la conversación que duró todavía cerca de media hora. Ambos estaban preocupados.

Al salir de la habitación del marqués Jacobo, Berta dijo fríamente a su hijo:

—Espérame en tu cuarto; tengo que hablarte.

—Yo también, mamá—respondió el joven desafiándola con la mirada.

Poco rato después, madre e hijo estaban reunidos.

La marquesa Berta se sentó en una butaca, y su hermoso semblante tenía una expresión de dureza implacable. Un fulgor siniestro brillaba en su mirada, y sus labios temblaban convulsivamente.

—No he querido decirte nada delante del abuelo—dijo Berta,—pero ya me has comprendido. Por culpa tuya ha faltado poco para que el escándalo y la deshonra mancharan nuestro nombre. Esa bastarda a quien ultrajaste, y a la cual odio a pesar de su generosidad, no calla por respeto, sino porque nos desprecia. Y debe haber sido ella, o la señora Casati, que bajo el nombre de Palmeri se introdujo en casa de los Teana, quién ha revelado a la madre superiora del colegio donde está Nilda tu delito. De modo que sin su intervención tu matrimonio no se hubiera realizado.

Atilio estaba en pie apoyado en una cómoda. Tenía la frente arrugada y una mortal palidez tenía su rostro.

—¿Qué me importa—exclamó con ímpetu,—que todo el mundo sepa lo que he intentado contra Virgencita, si así puedo tenerla en mi poder? Cuanto más difícil sea su situación ante la sociedad, tendré mayores esperanzas de hacerme amar por ella, de que sea mi esposa.

De los labios de Berta partió un grito, casi un rugido.

—¡Has perdido todo sentimiento de dignidad, de honor!—gritó enfurecida.—Casarte... con Virgencita? ¡No, no, jamás! Todo Turín sabe que es una pobre bastarda que la señora Brera educaba por caridad, que tenía amistad con mujeres de mala fama, que ha sido víctima de un atentado brutal y ha fingido el suicidio por algún fin desconocido. ¿Y esa ha de ser tu mujer? ¿Estás loco, u olvidas que eres hijo mío?

—No, mamá, no lo olvido y no he perdido la razón como crees. Virgencita tiene nuestra sangre en las venas, es pura como los ángeles, como el suave nombre que lleva.

En este momento se encontraron las miradas de la madre y del hijo.

Berta pareció comprenderle y se acercó anhelante a Atilio.

—Entonces tú no la has ultrajado?—preguntó en voz baja.

—No; no tuve tiempo—respondió gravemente Atilio.—La desgraciada, que se defendía con todas sus fuerzas, cayó desmayada. Creí tenerla ya en mi poder, cuándo apareció la señora Brera.

La marquesa Berta enmudeció.

Luego exclamó con voz casi imperceptible:

—¿Y dejaste creer que la habías ultrajado?

—Sí, y se lo dejaré creer siempre, porque no quiero que sea de otro... Tú no sabes lo que he sufrido al creer que se había suicidado por sustraerse a la vergüenza; he pasado noches enteras en las orillas del Po, llamándola, rogándole que me perdonara, que no la había ofendido, y repitiéndole que la amaba, que no amaría a nadie sino a ella, aunque muerta. ¿Y pretendo que ahora la deje escapar?

—Le dirás que eres inocente.

—No, ahora no, porque temo perderla.

La marquesa Berta alzó la cabeza con resolución.

Esta obra es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.

—Pues bien, yo se lo haré saber.

—¡Tú no lo harás, mamá!—interrumpió Atilio fuera de sí con gesto amenazador.—¡Dile que mientes!

Berta lanzó sobre su hijo una mirada terrible.

—Olvidas que existen medios para comprobar la verdad. Atilio se encogió de hombros.

—No conoces a Virgencita. No consentiría jamás en lo que consideraría como un nuevo atentado a su pudor. Si ha callado a todos el nombre del autor, si ha pretendido hacerse pasar por muerta, fué precisamente por huir de las preguntas, de las averiguaciones. Pero su generosidad para con nosotros, ese mismo deseo que ha demostrado de que no me case con Nilda, me hacen concebir la esperanza de ser perdonado por ella y que espera una rehabilitación por parte mía.

Berta sonrió burlonamente.

—Estoy segura de que Virgencita—exclamó—te odia, te desprecia.

—¡Peor para ella!—exclamó Atilio exasperado.—Razón de más para no permitirle que ame a otro. ¡O mífa, o de nadie!

—No estás en edad de hacer tu voluntad; invocaré la autoridad de tu abuelo y de tu padre. Debes prometerme que no volverás a buscar a Virgencita.

—Imposible; no cumpliría mi palabra.

—¡La mantendrás, porque soy yo quien te lo manda!—exclamó la marquesa Berta con exaltación, añadiendo:—Te lo impongo!

—Y yo, tu hijo, te contesto...

No tuvo valor para continuar; la mirada de su madre le horrorizaba y pareció arrepentirse de la violencia con que había obrado.

—¡Oh! Mamá, no me escuches, perdóname; no soy dueño de mí. Desde el momento que el abuelito ha dicho que Virgencita vive, perdí la cabeza. Dime, dime tú si es posible no amarla. Una joven que renuncia a las riquezas de sus antecesores a favor de aquellos mismos que le han hecho tanto daño; que no acusa, que no amenaza, y sólo pide vivir ajena a ellos; una muchacha que a la belleza de alma une un rostro divino y un candor infantil. ¡Oh, mamá! Mamá, si esa mujer me odiasería sería muy desgraciado; no podría vivir y mataría al que ella amase.

Y rompió en amargo llanto.

Berta, más conmovida de lo que quería aparentar, le condujo a un sofá y sentándose a su lado le dijo con voz suave:

—Escúchame, hijo mío; tú deliras bajo la impresión de lo que ha contado el abuelito; pero tu madre ve algo más. Admito que Virgencita sea hermosa, que con nosotros ha obrado con una generosidad sin límites. ¿Pero si esta generosidad tuviese otro fin... y por eso ha llamado tu nombre?

Atilio miró a su madre sin comprender lo que ésta le decía.

—No te entiendo, mamá.

Berta bajó la voz.

—¿No podría haber sucedido que Virgencita, precisamente en la época de tu agresión, estuviese enamorada de otro y no se atreviese a ceder a su amor porque su conducta anterior dejaba que deseiar?

CAMINO DE NUEVA YORK

PAGINA AMERICANA

Aquí tenéis una nota de intimidad del gran Wallace Reid.

Como entienden los artistas de la pantalla que no es incompatible el ser célebre con el divertirse a sus anchas en las deliciosas playas americanas, el bueno de Wallace con un compañero de jolgorio y una compañera lo pasan lo mejor posible en esos días de calor veraniego en los que las caricias de las olas es un lenitivo, junto a otras caricias menos acuáticas.

Ahí lo tienes, lector: como puedes ver, lo pasa admirablemente, sin tener que sujetarse al rigorismo ordenancista de un gobernador escrupuloso en eso de la promiscuidad veraniega.

¡Ay, quién pudiera ya estar en América! América es un nombre de mujer que ya nos es simpático, y además de eso es la patria de las celebridades cinematográficas, de los puñetazos y de las máquinas de escribir.

Por eso vamos en este trasatlántico, llenos de impaciencia,

con unas cartas de presentación para Norma Talmadge, la mujer que más nos gusta en el Universo.



Wallace Reid

Camino de Nueva York hacemos estas cuartillas, con la promesa de escribir otras, lo más interesante posible, a nuestra arribada a la gran república.

Hemos de ir a Los Angeles, y como antílope de nuestras informaciones, hoy va esa fotografía de la intimidad de Wallace Reid, hecha en esas playas americanas tan soñadas por mí.

Hasta pronto, amigo lector, y los dioses del hada Pantalla me sean leves.

JUAN AURO

LAS GRANDES BELLEZAS DE LA
ESCENA MUDA

RUBY DE REMER

RUBY de Remer ha sido calificada por el artista francés Paul Hellen como «la mujer más hermosa de América».

La notable belleza de Ruby de Remer, unida a sus bien demostradas capacidades artísticas, le han convertido en una estrella favorita de todos los públicos.

Miss Remer es nativa de Denver, donde hizo también sus primeros estudios. Inició su carrera en Broadway como corista de uno de los tantos music-halls desparramados a lo largo de la gran avenida neoyorkina.

Su debut como intérprete se realizó con la obra *Mindnight Folie*, en «Ziegfeld Folies».

Ruby de Remer es una verdadera belleza.

Su tipo responde perfectamente a los más rigurosos cánones estéticos, así sea su rostro como en sus perfectas y esculturales líneas.



El gran actor Wallace Reid acompañado de un buen amigo y de una simpática amiga en una de las playas de moda en los Estados Unidos

En los buenos Cines de Barcelona y en los mejores de España, se está proyectando la película en series

EL DISCO EN LLAMAS

Compre su argumento ilustrado, 25 céntimos, por correo, 30, pedidos a nuestra administración.

DEL
MUNDO
DEL
CINE

EL PERRO ACTOR TEDDY VIVE COMO UN PRÍNCIPE

EN muchas películas cómicas de dos partes de la «Mack Sennet», ha interpretado el *rol* principal un enorme perro cuyo nombre cinematográfico es el de Teddy Keystone. A este perro-actor es al que voy a tener el gusto, lector amigo, de presentarte en su vida privada.

Antes de entrar de lleno en el tema que acabo de iniciar, haré una somera descripción del famoso actor cuadrúpedo. Teddy, como buen mastín, es de gran tamaño; su cuerpo es rechoncho, la coloración de su piel es rojiza y sus orejas son cortas.

Se conoce que mi presencia no ha hecho mucha gracia a Teddy, pues me recibe con unos

amables ladridos, y yo, que no deseo recibir las caricias de los dientes de ningún perro, con un movimiento indicativo de tomar las de Villadiego, en caso de que no se esté quietecito el can, doy a entender, a un actor, que al parecer posee el don de hacer obedecer a Teddy, mi temor a una mordedura.

—No tenga usted miedo, que no muerde—me dice el susodicho actor.

—¿Está usted seguro de lo que dice?—le pregunto yo, un tanto escamado.

—¡Segurísimo!

Convencido de que no corre peligro alguno, explico el objeto de mi visita, y el actor que hizo

callar a Teddy y me tranquilizó, se ofrece solícito a enseñarme cuánto se relacione con la vida privada de Teddy.

—¡Teddy!

—¡Guau!... ¡¡Guau!...

Sumiso y obediente a las órdenes de su domador, Teddy me maravilla con sus prodigiosas cabriolas y filigranas.

Con gestos y palabras en camelio, su domador manda algo a Teddy. No sé de qué se trata. Solamente veo como se pone el perro a dos patas y abre una puerta, y como, al cabo de dos minutos, regresa con un sombrero y un bastón en la boca.

—¿Vé usted qué criado tan bueno tengo?



JUART BLACKTON presents "MISSING"
A Paramount Picture

en la comedia sentimental «Desaparecido»

—Sí que lo veo.

—Si quiere usted una prueba más del talento de Teddy, hable.

—No, no quiero otra prueba; está plenamente demostrado que Teddy es un perro sabio—contestó.

Vinieron a mi memoria varios graciosos timos y burlas en los que el perro fué el anzuelo, y por si acaso pudiese ser yo víctima de una tomadura de pelo, prefiero dar otro cauce al espectáculo y variar de número.

—Oiga. Según creo, Teddy vive como un príncipe.

—¡Hombre! ¡Tanto como un príncipe!...

—Lo que yo he querido decir es que muchos humanos quisieran vivir como vive Teddy.

—¡Ya! Si lo que usted quiere es ver la casa de Teddy, vayamos a sus habitaciones.

Y después de recorrer innu-

merables galerías y de andar bastante, llegamos frente a una casa que se asemeja mucho a una de esas que se llaman de muñecas.

—Aquí tiene usted la morada de Teddy—me dice mi guía, con aire jovial.

Para entrar en la morada de Teddy tengo que agacharme. Por las habitaciones que recorro deduzco que no debe de habitar Teddy solo, sino también otros varios perros, pues hay diversas camas (cajones barnizados con colchones de paja) y cajas en forma de mecedoras.

Como si adivinase lo que mis labios pugnaban por interrogar, mi acompañante me dice:

—Además de Teddy viven aquí otros muchos perros, de los cuales es el rey Teddy. Estos perros están domesticados igualmente y han trabajado en numerosas películas. Basta re-

cordar *Perrerías*, *Perro policía*.
La suerte perra...

¡Paso al rey de los perros!
Teddy llega.

Teddy, al verme en amigable conversación con su amo, arrepiéntose del susto que me propinó y me lame las manos. Yo le acaricio y Teddy mueve la cola, señal evidente de que está contento.

Una perra muy mona llama a Teddy y éste acude a la llamada.

No quedándome más que ver (ya he visto bastante, perros que tienen su casita, con sus correspondientes pisitos, mientras hay personas que como única vivienda poseen la rica calle), me despido del amo de Teddy y al mismo tiempo, para adulorle, ensalzo sus portentosas dotes de domador de perros.

SIUL G.



J. STUART BLACKTON presents "MISSING"

A Paramount Picture

Una bella silueta en «Desaparecido», comedia cinematográfica americana



PREGUNTAS

400.—¿Qué alimentos naturales requiere el organismo y cómo se toman?—B. B.

401.—¿Se conoce algún procedimiento para curar la tartamudez?—Rina.

402.—¿Podría indicarme algún procedimiento para evitar el molesto sudor de los pies?—Una dactilógrafa.

RESPUESTAS

400.—El agua es el principal y el único que se toma solo. Los demás minerales se toman mezclados a otras substancias. El agua constituye las dos terceras partes de nuestro organismo y se halla no sólo en todos los líquidos que absorbemos (excepto el aceite), sino en todos los alimentos sólidos. La carne contiene, por ejemplo, 75 por 100 de agua; las patatas, algo más, y las verduras, un 90 por 100.

La sal (o sea cloruro de sodio) se halla en todo nuestro cuerpo y sin ella las digestiones serían difíciles. Además de condimentar los alimentos con sal, absorbemos ésta en casi todo lo que comemos y bebemos.

Los fosfatos y carbonatos de cal, que tanto sirven para formar y fortalecer los huesos, se hallan en el pan, la leche, los huevos y la carne.

Las sales de potasa depuran nuestra sangre. Las absorbemos, principalmente de las frutas y verduras, aunque también se hallan en la leche y en la carne.

Por último, el hierro que entra en la composición de nuestra sangre cuya falta produce la anemia, se halla contenido en muchos de nuestros alimentos, aunque en pequeñas cantidades.

En resumen: los alimentos minerales contribuyen a la formación de los huesos y los dientes, facilitan la digestión, purifican la sangre, siendo el agua el elemento dominante en el cuerpo y el que regula su temperatura (transpiración).

401.—La tartamudez es, más que una enfermedad, un hábito, y por esta causa debe atenderse por medio de disciplina y de voluntad, que mediante un tratamiento médico. El consejo más práctico es hacer ejercicio todos los días, aunque no sea más que media hora, procurando repetir algo de memoria y hablando muy despacio. Esto es un fenómeno nervioso y hay que imponerse para vencerlo paulatinamente, sin olvidar en ningún momento el defecto de que se adolece. Hay varios ejemplos sobre este particular en la historia de ciertos hombres célebres. Demóstenes, el más famoso orador de Grecia, era tartamudo, y por medio de un ingenioso procedimiento consiguió despojarse de él. Este método consistía en lo siguiente: todos los días se metía en la boca piedrecitas y comenzaba a hablar en voz alta como si estuviera delante de un auditorio, y al cabo de algún tiempo llegó a desarrancarse de este hábito. No quiere decirse que usted siga este procedimiento, sino que se metódice de cualquier forma que sea y logrará verse libre de la tartamudez de que padece.

402.—En efecto, es muy molesto el sudor de los pies; seguramente le desaparecerá si durante algún tiempo usa usted embrocaciones, mañana y noche, de

agua destilada, 40 gramos; bicromato de potasa, 6 id.; esencia de espliego, 1 idem. Mézclelo bien.

CORREO DE MABEL

— Una señorita: Hay muchas clases buenas. Indicar una, sería hacer un reclamo. Margot, Lucero, Una bilbaína, Flacucha, Alba, N. N. N. y Amadea: Han sido contestadas ya sus preguntas. Ya comprenderán que si comenzáramos a repetir contestaciones sería el cuento de nunca acabar. — Varias: Refrenen la impaciencia, que no es posible avanzar más. A todas llegará su turno.

CORRESPONDENCIA

Una modistilla: Gina Relly, 24 años. Soltera.

Un douglista: La última producción de Douglas Fairbanks, según nuestra noticias, es «El Excéntrico», interpretada con Margarita de la Motte.

Bebé: Jack Richardson. Sí: es soltero.

Pilar S. P.: Su cuento adolece de bastantes defectos, propios de la falta de costumbre en escritos. Tenga usted constancia y lo hará bien.

A. Moreno: Repase nuestra colección de CINE POPULAR. Hemos dedicado a este gran artista una página de nuestra galería de celebridades. Veremos si aprovechamos sus líneas para publicarlas.

El Vaquero: N. de Aparicio. Tenemos el sistema de no publicar versos en CINE POPULAR. Haga algo en prosa y veremos.

S. Carrillo: (La Guerra). Espera turno para ver si puede entrar.

Tres tipos americanos: Confiesen que son ustedes apasionados. «Aurelio» es tan entusiasta como ustedes del arte americano, pero reconoce lo bueno que tienen los franceses. Lean otra vez el artículo aludido y verán que no hay malquerencia hacia América.

Juan P. Barceló: Irá en uno de los próximos.

J. T. F.: Si son argumentos y largos, sentimos no poder aceptar por hoy. Vea nuestra revista. Nuestra información cada día más copiosa nos abruma.

M. Berdini: En la redacción no aparece. Mande una copia.

Aresión Miquel: Acaso vaya en el próximo, si no en el siguiente.

I. Castelló: Si más adelante hacemos reseñas provinciales, serviría. Hoy no, pues no podríamos limitarnos a publicar sólo de una ciudad.

N. Cela: Su cuento no trata de cinematografía y tenemos prohibido por la dirección admitir trabajos de literatura. Escriba algo cinematográfico y veremos.

Polly Yeo: Se contesta en otra sección. Tenemos un mar de cartas a contestar. Perdone.

D. Vayon: Tiene defectos. Trabaje con asiduidad y lea mucho. En otra ocasión veremos.

I. Blanco F.: Se publicará.

S. E. C. M. F. I.

Sociedad Anónima Española para la edición de películas morales e instructivas

Capital: Pesetas 2.500.000

BARCELONA

Preparación de su personal artístico en la ESCUELA NACIONAL DE ARTE CINEMATOGRÁFICO

San Pablo, 10 (frente al Liceo) — Barcelona

SI AUN DUDA VD.

de que en el

PROGRAMA VERDAGUER

se encuentran las
mejores producciones

de las manufacturas norteamericanas, ale-
manas e italianas, **PIDA V.** la lista completa
de las obras maestras de la cinematografía
mundial que aparecen detalladas precisando
marcas, títulos y artistas,
sin promesas ambíguas.

Ningún **empresario o aficionado** al
cinematógrafo debe ignorar la enorme can-
tidad de series, dramas, comedias y material
cómico que para la presente temporada
tiene dispuesta la

--- **CINEMATOGRAFICA VERDAGUER, S.A.** ---

--- Calle Consejo de Ciento, número 290
Teléfono 969 - A - BARCELONA ---